



SANTA CRUZ Y LA AVIACIÓN

En el programa de las Fiestas de 1996, D. José A. García Albares, escribió sobre el tema a que alude el título del presente.

Mi propósito es ampliar la información de tan interesante y ameno asunto.

Quienes rebasamos los setenta, podemos recordar que hacia 1930 tuvo lugar un acontecimiento que conmocionó a chicos y grandes en el lugar. Como el clásico reguero de pólvora corrió por las calles de Santa Cruz esta noticia:

- ¡Han aterrizao dos «aroplanos» a lao de las eras, entre la carretera y la vía!

Y era cierto; de modo que las madres nos cogieron de la mano a los chiquillos y nos llevaron a ver los aparatos. Estaban en un rastrojo del paraje citado. La guardia civil acordonaba la zona, empleando cierta severidad en su cometido, pues era tanta la afluencia de curiosos que les resultaba difícil contenerlos. Porque a nadie le bastaba ver los aviones, sino que todos queríamos tocarlos.

Tal vez fueran Breguet XIV, aparatos que a la sazón constituían la mayor parte de la aviación militar española. Su aspecto era poco airoso, con tantos alambres cruzados entre los planos, resultando feos en líneas generales, y pintados con un blanco sucio; en las alas tenían pintados en círculo los colores nacionales. Pero lo cierto es que feos y todo, nos impresionaron profundamente, como es de suponer. ¡Porque era tan insólito poder casi tocar un «aroplano»!

Se dijo que uno de ellos había sufrido una avería, viéndose obligado a aterrizar, haciendo lo mismo el compañero.



Helicóptero de la Base Aérea de Cuatro Vientos (Madrid). Fiestas del 97.

Sólo estuvieron unas horas, aunque no puedo precisar cuantas, y una vez reparada la avería -parece que con la ayuda de un herrero del pueblo-, reemprendieron el vuelo hacia Madrid.

Por cierto que es muy diferente oír el motor de un avión cuando pasa a unos cientos de metros de nosotros a lo que resulta cuando ruge sólo a treinta o cuarenta pasos. Era tan atronador el estruendo y tan inesperado el azote del aire batido por la hélice, que los muchachos, asustados, nos escapamos de nuestras madres, alejándonos corriendo. Fué una de esas impresiones que ya no se nos borran nunca de la memoria y que, al evocarlas, renuevan la emoción de aquel momento.

Claro que el período de mayor interés para nuestro pueblo, en lo que respecta a la aviación, fué en la guerra civil, por haber sido Santa Cruz base y alojamiento de aparatos y hombres.

Hacia últimos de septiembre de 1936, un Bando municipal ordenó que los labradores, con sus yuntas, arrastrando rodillos, y los peones, con azadones y palas, acudieran al paraje de «La Mueda», para desmontar lindes y allanar el terreno en aquel despejado y bello paraje. Tenía que hacerse, y ello con urgencia, un campo de aviación.

Y la obra fué hecha. De modo que en los últimos días de octubre (o quizá los primeros de noviembre, y si no preciso más es porque escribo de memoria), el caso es que hacia esas fechas ya teníamos allí los preciosos cazas rusos Polikarpot I-15 «chatos» y los Polikarpot I-16, «Moscas», y a sus pilotos, a la sazón sólo soviéticos, alojados en la casa de los Avia.

Al parecer también tenían base allí aviones de bombardeo, los célebres «Katiuskas», pero yo no los vi nunca en tierra ni en vuelo. En cambio sí ví a diario en el invierno del 37 a los cazas antedichos salir en grupos de tres hacia el frente del Jarama y volver unas veces uno o dos, y otras alguno de ellos rateando y con riesgo de estrellarse antes de alcanzar

la base. En una de estas ocasiones vimos salir a primeras horas de la mañana el consabido grupo de tres, y a la hora y media poco más o menos volver dos solamente, pero bastante separados, y el último estuvo a punto de chocar con la ladera norte del Cerro de Los Yesares. Merced a su extraordinaria maniobrabilidad pudo, en el último momento, enderezar el morro hacia lo alto y superar la altura, casi a ras del suelo.

Jesús Salas Larrazábal, en su libro «La guerra en el aire», no cita el aeródromo de nuestro pueblo, y al advertirle yo la omisión, me contestó que ignoraba su existencia, pues parece ser que había confundido Santa Cruz con Tarancón. Me pidió cuantos datos pudiera darle al respecto y se los envié. Ignoro si publicó o no una nueva edición del libro con los complementos y rectificaciones pertinentes.

Por cierto que al menos un piloto ruso fué enterrado en el cementerio de Santa Cruz. Esto ocurrió en febrero o marzo del 37, a lo largo de la dura batalla del Jarama, comenzada con el total predominio aéreo de la aviación republicana y tan radicalmente superada a partir del 18 de Febrero por la aviación nacional, con la llegada de García Morato y su escuadrilla al citado frente. Pero ésto ya es otra historia.

Como anécdota diré que dos de aquellos pilotos rusos se casaron «por seis meses» con dos chicas de Santa Cruz; una de ellas era la telefonista local. De resultas nuestro pueblo tuvo un hijo con mestizaje eslavo, del que hace muchos años no sé nada.

Para terminar añadiré que también Santa Cruz sufrió el trágico azote de la guerra aérea, pues fué tres veces bombardeado, resultando varios muertos. Esto lo recordarán todavía muchos santacruzcos.

Jerónimo-Gregorio Navarro.

NOTA: Si bien el uso, aunque erróneo, lo ha consagrado, el paraje donde se construyó el aeródromo viene siendo nombrado MUEDA, pero debería decirse MOEDA, que significa «encinar espeso o monte/cerrado», y eso fué durante siglos hasta hace poco más de uno. Así lo dice el «DICCIONARIO DE AUTORIDADES».

OTRA: En mi artículo «EL DIABLO DEL CHARCO NEGRO», que ya conocen los lectores del presente, menciono lo ocurrido con uno de estos aviones rusos y su manera de deshacerse de las bombas sobrantes. fué un episodio muy ilustrativo.